

nuevo militarismo norteamericano

general david m. shoup



Los objetivos mundiales del imperialismo norteamericano —prevenir la revolución social y mantener el capitalismo bajo su hegemonía— tienen repercusiones en la economía y la política norteamericana.

Hay una dependencia tal entre las instituciones y los individuos que ejercen el poder militar, económico y político, sus objetivos e intereses son tan complementarios que se ha perdido la división entre la esfera de lo civil, de lo militar y de los intereses privados. Forman lo que ha dado en llamarse el complejo militar-industrial que controla la sociedad norteamericana.

El pentágono resulta así la más grande de todas las corporaciones.

Los acontecimientos de Viet Nam, la enorme derrota sufrida allí, ha provocado una aguda polémica en el ámbito norteamericano y aunque las más de las veces los participantes no cuestionan el sistema —proceden de la élite gobernante— el artículo del Gral. Shoup, contribuye a revelar los entretelones de las esferas del mando militar.

El artículo además, da a conocer ciertas tablas de valores que inciden en el comportamiento de las élites militares norteamericanas.

El Gral. David M. Shoup —actualmente retirado—, ha pasado la mitad de su vida en servicio activo y llegó a ser comandante en jefe del U.S. Marine Corp., la punta de lanza del intervencionismo norteamericano.

Tanto este artículo, como el del Profesor E. Lieuwen que se ofrece en otra parte de este mismo número, contribuyen a revelar los mecanismos del imperialismo y sus puntos de vista.

LA REDACCIÓN

Estados Unidos se ha convertido en una nación militarista y agresiva. Nuestra acelerada y masiva invasión de la República Dominicana en 1965, en coincidencia con el rápido incremento del poderío militar norteamericano en Viet Nam, son una demostración impresionante de la rapidez estadounidense para ejecutar planes de índole castrense y para procurar soluciones

224 militares a problemas de raíz política y a potenciales amenazas comunistas en las zonas que son de nuestro interés.

Este estilo diplomático tipo *task force* corresponde a nuestra tradicional «diplomacia de cañonera» (*gunboat diplomacy*) tan célebre con antelación a la Primera Guerra Mundial, cuando desaprensivamente desembarcábamos fuerzas de *marines* para proteger vidas y propiedades norteamericanas del peligro de «bandidos» y revolucionarios nativos. La marina y sus fuerzas de desembarco de *marines* eran entonces nuestros principales argumentos de «borde de guerra» para enarbolar la bandera, ejercitar el poderío nacional y proteger los intereses estadounidenses en el exterior. La marina, reina de los mares, era la representación visible, efectiva, del soberano poder de esta nación. La infantería de desembarco podía ser utilizada «en las tareas que el presidente quiera señalar», sin aprobación legislativa ni declaración de guerra previa. El ejército, entonces, no era utilizado tan discrecionalmente porque rara vez estaba presto para una expedición sin un cierto grado de movilización y su utilización en ultramar requería normalmente una declaración de emergencia o de guerra. Ahora, en cambio, tenemos infinidad de planes para cualquier contingencia, que incluyen grandes fuerzas operacionales conjuntas de la Fuerza Aérea-Marina-Ejército-Marines, para defender los intereses de Estados Unidos y salvaguardar a nuestros aliados donde y cuando sospechemos una agresión comunista.

Mantenemos más de 1.517,000 hombres en armas en 119 países de ultramar. Firmamos 8 tratados para ayudar a defender a 48 países, tanto si nos lo piden como si decidimos intervenir en sus asuntos internos. Contamos con un caro e inmenso plantel militar alimentado por una gigantesca industria defensiva apoyada por millones de orgullosos ciudadanos, patriotas y frecuentemente belicosos y militaristas.

¿Cómo se forjó y creció esta cultura militarista? ¿Y cómo fue que este militarismo nos condujo al trágico lodazal —político y militar— de Viet Nam? Antes de la Segunda Guerra Mundial la actitud norteamericana era típicamente aislacionista, pacifista y comúnmente antimilitar. La reserva regular de tiempos de paz disfrutaba de un prestigio restringido y de influencia limitada en los asuntos nacionales. La gente sabía poco acerca de las Fuerzas Armadas y sólo algunos miles de hombres eran atraídos hacia las carreras castrenses. En 1940 sólo había 428,000 oficiales y clases en el ejército y la marina. La escalada bélica y las relaciones de poder mundiales que generaron dieron nacimiento al gigante militar norteamericano. Hoy, las Fuerzas Armadas en actividad suman más de 3.400,000 hombres y mujeres y 1.600,000 miembros adicionales de la Guardia Nacional y de reservas.

El papel mundial de Estados Unidos, enormemente acrecentado después de la Segunda Guerra Mundial, se apoyó en el poder militar. Las sugerencias y los puntos de vista de los militares profesionales se hicieron sentir cada vez más. En la posguerra, distinguidos jefes militares de la época de la guerra, ocuparon muchos cargos gubernamentales de importancia. Los generales Marshall, Eisenhower, McArthur, Taylor, Ridgeway, Lemay, etc., no sólo fueron héroes populares sino respetados creadores de opinión. Era la época del reajuste internacional: la mentalidad castrense brindaba a la conducción de los asuntos nacionales el beneficio de criterios firmes y experiencia para la solución de todo problema. Los sistemas militares, incluidos estados mayores, sesiones informativas, estimaciones de situación, así como las técnicas de organización y operación de los expertos —y eruditos— militares profesionales, se extendieron al campo de la cultura estadounidense.

La Segunda Guerra Mundial había sido una guerra prolongada. Millones de jóvenes norteamericanos maduraron, se educaron y alcanzaron rango y jerarquía durante sus años de servicio. Pese a sí mismos, muchos retornaron a la vida civil como militares profesionales, adoctrinados y experimentados en el combate. Eran veteranos, y para mejor o peor, jamás, volverían a ser lo que fueron. Estados Unidos tampoco volvería a ser la misma nación: es ahora un país de veteranos de guerra. A los 14.900.000 de la Segunda Guerra Mundial, Corea añadió otros 5.700.000 un lustro más tarde y, desde entonces, el enorme aparato militar de tiempo de paz ha entrenado y licenciado reclutas, enganchados y reservistas de tiempo corto a razón de cientos de miles por año. Así, en 1968 el total de veteranos del servicio militar norteamericano sobrepasaba los 23 millones, o sea aproximadamente el 20 por ciento de la población adulta del país.

Hoy, la mayoría de los hombres maduros y los dirigentes gubernamentales, de los negocios y actividades cívicas y profesionales, alguna vez prestaron servicio de uniforme. Gústelos o no, su experiencia y adiestramiento castrense los ha afectado, porque los credos y pautas de las Fuerzas Armadas son una medicina potente, que puede crear hábito. Las normas militares comprenden todas las virtudes y credos que se emplean para motivar a hombres de principios elevados: patriotismo, servicio y devoción a la patria, honor y camaradería, valor ante el peligro, lealtad a la institución y a los líderes, abnegación ante los camaradas, liderazgo, disciplina y buen estado físico. Para muchos veteranos, la labor castrense de entrenarlos y adoctrinarlos puede haber sido la más impresionante e influyente experiencia de su vida, especialmente para los jóvenes y menos educados.

226 Además, cada uno de los cuerpos castrenses tiene sus propias creencias y doctrinas, así como bien catalogadas costumbres, tradiciones, ritos y folklore, sobre las cuales se erige un férreo carácter y un espíritu de cuerpo. A todos se les enseña que su unidad y su regimiento son los más escogidos, importantes, eficientes y efectivos de las Fuerzas Armadas. La creencia en la Superioridad e importancias de su propia unidad, les proporciona una conciencia de orgullo y confianza en sí mismos y, por ende, de autoestima y, a medida que envejecen muchos veteranos tienden a exagerar su antigua actuación como sus lealtades militares. Las actitudes políticas y la «ideología» de las poderosas organizaciones de veteranos, tales como la American Legion, la Asociación de Veteranos de Guerras Extranjeras y la American Veterans Society (AMVETS), que agrupan a más de 4 millones de hombres, expresan una tendencia belicista y patrioter. Sus miembros normalmente sustentan soluciones militaristas para los problemas mundiales según pautas de sus antiguos servicios, y así es lógico que supongan que su sacrificio y servicio en las Fuerzas Armadas deben ser repetidos por las nuevas generaciones de jóvenes.

En estrecha relación con esta influencia de los millones de veteranos aparece el vasto y poderoso sector de la industria de defensa, desnudado minuciosamente en los últimos ocho años desde que el general Eisenhower lo denunciara por vez primera como complejo militar-industrial en su mensaje de despedida como presidente. La relación entre la industria de defensa y el elenco castrense es mucho más estrecha que lo que la mayoría de la gente imagina. Unidas constituyen un poderoso instrumento que influye sobre la opinión pública. Las diversas entidades castrenses son foro y lugar de cita para los militares y sus industrias. Estas asociaciones facilitan además a cada uno de los cuerpos armados medios para el fomento de sus roles respectivos, para su propaganda y para el logro de sus objetivos.

Cada uno de los cuatro cuerpos castrenses tiene su propia asociación, pero hay además asociaciones anexas según sus funciones, tales como logística, administración, industria de defensa y transporte de defensa, por no mencionar sino algunas de las más importantes; las más grandes, mejor organizadas y más efectivas son la Asociación de la Fuerza Aérea y la Asociación del Ejército de Estados Unidos. La Liga Naval, característica de las tradiciones del *servicio silencioso*, no está tan bien «aceitada» en materia de relaciones públicas y la pequeña Asociación del Cuerpo de Infantes de Marina no está al nivel de sus rivales, pues su principal actividad radica en publicar una revista mensual de carácter semioficial. En realidad, las publicaciones de las entidades castrenses, con una circulación total calculada en 270,000 ejemplares, son el medio principal al servicio de sus propósitos.

Está por ejemplo el *Air Force and Space Digest*, órgano de la Asociación de la Fuerza Aérea y vocero extraoficial de la línea, doctrina y propaganda de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Con frecuencia defiende el criterio de la fuerza aérea que ha sido oficialmente frustrado o suprimido por el Ministerio de Defensa, agita el ambiente en favor de un mayor poder mediante la fuerza aeroespacial, interpreta los problemas diplomáticos, estratégicos y tácticos en función de poderío aéreo, pide y reclama mayores asignaciones presupuestarias para construir todo tipo de aviones y es la que perpetúa las más extravagantes fantasías sobre la efectividad de los bombarderos. Por supuesto, esto está bien coordinado y sustentado por la multibillonaria industria aeroespacial que precisamente prospera gracias a los ilimitados programas de la Fuerza Aérea. En reciprocidad, más de 96,000 miembros de la asociación reciben la lujosamente impresa *Air Force*, plétórica de avisos carísimos, y miles de ejemplares de sobretiro son enviados a personas vinculadas con la industria bélica. La grosera mezcla de publicidad, propaganda bélica y doctrina de la Fuerza Aérea reiterada continuamente en esta revista, proporciona a sus lectores y redactores una suerte de hipnosis intelectual que los prepara para creer en su propia propaganda porque la leyeron en *Air Force!*

El pueblo de Estados Unidos se está paulatinamente acostumbrando al militarismo, a los uniformes, al culto de las armas y de la violencia belicista. Generaciones completas se desarrollaron con noticias de guerra y propaganda bélica; desde 1939, aun en poquísimos años de paz, circuló una corriente ininterrumpida de novelas de guerra, películas de guerra, tiras cómicas de guerra y programas de TV. de índole militar o bélica. Para muchos estadounidenses la guerra, el adiestramiento militar y el servicio en el exterior son mera prolongación de los juegos y fabulaciones de la niñez. ¡Incluso las armas y equipos de la guerra real se parecen a los muy realistas juguetes de su infancia! La condición de soldado pierde el atractivo sólo para algunos pocos de los que han padecido el horror, la mugre y la sangre de la guerra; en cambio, para otros —incluyendo bastantes oficiales superiores—, la guerra y el combate son aventura excitante, un juego de competencia y una salida de la rutina y el aburrimiento de tiempo de paz.

Este influyente núcleo de líderes militares, profesionales, agresivos y ambiciosos es la raíz del militarismo norteamericano en desarrollo. Hay más de 410,000 oficiales en servicio activo en los cuatro cuerpos armados, de los cuales más de la mitad son oficiales de la reserva que cumplieron servicio temporal; de los 150.000 oficiales de carreras regulares, sólo una parte son coroneles, generales y almirantes, pero sólo ellos constituyen lo esencial del plantel castrense; estos pocos miles de profesionales de primera categoría

228 son los que mandan y manejan las Fuerzas Armadas y planifican y formulan el criterio e «ideología» castrenses. ¿Cómo es posible que pese a los controles civiles y al anhelo pacifista nacional, este pequeño grupo ejerza tal influencia marcial sobre el gobierno y la vida misma del pueblo estadounidense?

Es claro que los militares negarán tal concentración de poder e influencia a su cargo, y señalarán su pequeño número, la mala remuneración y su subordinación a poderes civiles, como alegato de inocencia y pobreza. Sin embargo como grupo, el militar profesional es probablemente uno de los mejores organizados y de mayor influencia en el escenario nacional. Desde 1940, tres guerras y seis contingencias bélicas importantes han obligado al pueblo estadounidense a fijar anormalmente su atención sobre las Fuerzas Armadas y sus jefes. Por su parte, éstas han producido un chorro inagotable de jefes distinguidos, capaces y eficientes. Pero esa habilidad, energía y dedicación de los oficiales los ha colocado en posiciones de dominio en casi todo gobierno u organismo cívico donde se les dio cabida, desde el Gabinete Nacional hasta el Centro de Padres de su localidad. La élite profesional de mayor jerarquía la integran en su mayor parte graduados de academias militares, para ingresar a las cuales era requisito *sine qua non* un buen físico y un puntaje mayor, intelectual, respecto de sus compañeros. Esto explica que en lo sucesivo su carrera está condicionada a una competencia permanente en selectividad y jerarquía. El desgaste es pronunciado y sólo sobreviven los más capaces en la escala de ascenso a rangos superiores. Quizás son pocas las profesiones que tengan sistemas selectivos tan rigurosos, y es así por qué los máximos jefes militares son también hombres de calibre máximo.

No hay muchas industrias, instituciones ni ramas civiles gubernamentales que dispongan de recursos, técnicas y experiencias como para adiestrar jefes de la localidad de los que emplean las Fuerzas Armadas en sus elaborados sistemas de instrucción. Los jefes castrenses son instruídos para mandar organizaciones inmensas y para planear vastas operaciones, y aprenden las técnicas de influir sobre su prójimo; pero su educación, empero, ni es liberal ni cultural, porque subraya las enseñanzas, tradiciones y normas del oficio castrense; en una palabra, produce técnicos, pupilos, no filósofos.

Los hombres que alcanzaron la cima de los estamentos castrenses generalmente demostraron su capacidad como jefes, planificadores o administradores. Quizás se hayan comportado heroicamente en combate, pero la mayoría probó su lealtad como sustentadores de la doctrina de vocación y servicio en pro de la defensa. El fundamental principio de la obediencia a la orden es la base del desempeño del militar profesional. En consecuencia,

los militares actúan más eficiente y adecuadamente en el sector de planificación de una política de defensa, que sus equivalentes civiles del Departamento de Estado. Los planificadores castrenses tienen sus creencias doctrinarias, sus lealtades, su disciplina y su típico anhelo de competir y triunfar. Los civiles del servicio gubernamental rara vez pueden jugar el juego de planificar una política. Generalmente los militares están mejor organizados, trabajan más arduamente, piensan más simplemente y mantienen fija la mirada en el objetivo, para estar intantáneamente prontos para resolver problemas a través de la acción militar, al tiempo que aseguran que su unidad, su servicio, cumplan su misión y obtengan el reconocimiento por la eficiencia con que la realizan. En caso de emergencia, los militares tienen generalmente un plan preparado; si no, los numerosos manuales de que disponen les señalan guías seguras para la acción. En cambio los políticos, los civiles y los diplomáticos generalmente carecen de una similar confianza para reaccionar instantánea y eficazmente a la amenaza y a la violencia.

Es claro que para un civil resulta difícil entender esta mecánica. Los militares profesionales, por ejemplo, no pueden evaluar el buen éxito de su esfuerzo individual en términos de provecho financiero personal. Las Fuerzas Armadas no son órganos dedicados a obtener lucro y las recompensas que se logran por méritos profesionales son de índole menos tangible. Por eso las motivaciones de la mayor parte de los oficiales de carrera están representadas en los ascensos, las responsabilidades emergentes de un rango superior con los beneficios anexos de habitación, sirvientes, privilegios y prestigio. Los ascensos y las funciones delicadas se obtienen actuando bien constantemente, desempeñándose a la altura de su jerarquía y agradando a los oficiales superiores. Ascensos y recompensas son con frecuencia, también, fruto de la conducta sobresaliente y heroica en combate. Se necesita una guerra para ser héroe militar, pero los civiles difícilmente pueden entender que por ambición muchos militares profesionales realmente deseen las guerras y las ocasiones de gloria y prestigio que sólo el combate puede conceder. El servicio en tiempo de paz ofrece perspectivas de aburrimiento y frustración para un oficial regular.

Los líderes militares profesionales de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos tienen algunas motivaciones adicionales que explican su ansiedad por envolver a su patria en aventuras bélicas. Contrariamente a ciertos civiles que formulan políticas, los militares no se han obsesionado con la amenaza del comunismo *per se*. La mayor parte de ellos sabe muy poco acerca del comunismo como doctrina o como forma de gobierno; pero han asimilado suficientes razones como para inferir que es malo y que es la representación de las fuerzas malignas. Sin embargo, en cuanto logran identificar una

230 «agresión comunista» el problema pasa entonces a ser preocupación directa de las Fuerzas Armadas, los agresores son «el enemigo» en los juegos teóricos de guerra, son «los malos», «los rojos». Así, derrotar «la agresión» es una competencia ciclópea en zona de combate, más que una cruzada para salvar al mundo del comunismo. Toda «agresión comunista» debe ser interpretada, según la pauta militar, como una amenaza a Estados Unidos.

La función de las Fuerzas Armadas como parte del dispositivo de seguridad nacional, con independencia de su papel defensivo contra un ataque real directo al territorio patrio y del de mantener a punto la fuerza atómica disuasiva, consiste en estar prontas para utilizar sus «fuerzas de uso general» en apoyo de nuestra política de seguridad colectiva y sus tratados y alianzas conexos. Para esto mantiene ciertas fuerzas en zonas avanzadas en los Comandos Conjuntos y mantiene al día previsible planes de emergencia ya aprobados por la Junta de Jefes de Estado Mayor. Son importantes los itinerarios de desplazamiento y cobertura de fuerzas asignadas en cada plan; pero sus detalles internos son fuente de inmensas rivalidades entre las fuerzas de transporte Armada-Marines y Ejército-Fuerza Aérea. En los niveles jerárquicos superiores, el orgullo localista, las ambiciones personales y la antigua rivalidad tipo partido de fútbol Ejército-Marina pueden influir en el planeamiento estratégico mucho más lo de que un civil puede concebir. El juego se basa en estar listo para el despliegue antes que los demás elementos de la fuerza conjunta de combate, y estar así prestos para ser «el primero en combatir».

El riesgo de esta práctica estriba en que la presteza y la velocidad de despliegue se convierten en un fin en sí mismo, lo que quedó diáfano probado con la masiva y veloz intervención en la República Dominicana en 1965, cuando los planes de emergencia y la rivalidad entre los servicios reemplazaron a la diplomacia. Antes de que el mundo tuviera oportunidad de enterarse que ocurría, el impulso y la celeridad de los planes militares proyectó a casi 20,000 *marines* y soldados norteamericanos a la pequeña y turbulenta república, en una impresionante carrera por probar la respectiva capacidad de movilización del ejército y los *marines*, con vistas a la obtención del comando total de las fuerzas de Estados Unidos en la República Dominicana. Sólo una fracción de la fuerza desplegada era indispensable o se justificaba, y probablemente apenas una pequeña fuerza de desembarco al estilo *marines* 1935 habría manejado mejor la situación; pero el ejército despachó a la mayor parte de la 82a. División Aerotransportada a Santo Domingo —incluyendo a un teniente general— y asumió el control de la operación.

Ese mismo año, simultáneamente, los cuatro cuerpos castrenses competían en Viet Nam por organizar una fuerza de combate en ese desventurado país, esfuerzo que, aparentemente parecía destinado a salvaguardar a Viet Nam del Sur del ataque del Vietcong y de Viet Nam del Norte, pero que en rigor de verdad fue motivado en parte por las mismas viejas rivalidades entre las fuerzas armadas para demostrar sus respectiva importancia y efectividad y eficiencia para emergencias bélicas.

Los bombardeos aéreos punitivos a Viet Nam del Norte inmediatamente después del incidente del Golfo de Tonkin a fines de 1964, revelaron la fría presteza y eficacia de las fuerzas aeronavales. (¡Solo ahora se sabe que la Marina tenía planes listos para el ataque, incluso antes de que el presunto incidente hubiese ocurrido). Así, pues, a comienzos de 1965 los mandos de los portaviones de la Marina y los de la Fuerza Aérea iniciaron un concurso de ataques, comparando misiones, tonelaje descargado, cómputo de daños infligidos al enemigo y disputa por obtener las asignaciones de los objetivos, puja que prosiguió hasta la interrupción de los bombardeos, en 1968. Gran parte de la información sobre acciones aéreas consiste en datos falsos o propaganda para servir los objetivos de la Fuerza Aérea y de la Marina. Pero lo cierto es que en forma creciente fue haciéndose evidente que los bombardeos norteamericanos en Viet Nam del Norte y del Sur fueron uno de los más inútiles y costosos engaños que haya tenido que soportar el pueblo norteamericano. El apoyo aéreo táctico y próximo a operaciones terrestres es vital, pero el poder aéreo usado indiscriminadamente es en gran parte consecuencia de la rivalidad de los planificadores de operaciones, una «estupenda experiencia» para los pilotos jóvenes y una oportunidad magnífica para los oficiales de carrera.

También jugaron un juego similar los altamente entrenados y agresivos oficiales de carrera del Ejército y del Cuerpo de Infantería de Marina, que ya se esforzaban en incrementar su respectiva participación, incluso antes de la decisión de Johnson de enviar a comienzos de 1965, unidades de combate a Viet Nam del Sur. Para entonces, el ejército contaba ya con más de 16,000 hombres sirviendo en Viet Nam como «asesores militares», en misiones de adiestramiento, logística, apoyo por helicóptero y equipos de *Special Forces* («Boinas Verdes»). Esta magnitud de hombres y materiales bélicos daba justificación a nuevos y más acuciantes pedidos por más unidades de combate para proporcionar seguridad local y como protección para nuestro compromiso de ayuda al régimen sudvietnamita. Además, oficiales superiores del ejército querían unidades terrestres en Viet Nam por varias razones, entre ellas las de probar planes y equipos modernos, para probar las nuevas tácticas y teorías de contrainsurgencia (antiguerrilla) y para que

232 oficiales jóvenes, sargentos y hasta cabos ganaran experiencia. ¡Ah!, y además era un caso típico de deber militar detener la «agresión comunista» en Viet Nam.

Motivaciones análogas sobrecogían a los *marines*, para los cuales era secundaria cualquier preocupación real por los problemas político-sociales del pueblo vietnamita. A comienzos de 1965 estaba en curso una guerra y los *marines* estaban siendo dejados al margen, contrariamente a todas las tradiciones. Los asesores militares estaban perturbando y emporcando la imagen intervencionista estadounidense, imagen que sólo se salvaba gracias a un escuadrón de helicópteros de transporte de los *marines* en Danang, al servicio de la República de Viet Nam. Durante algunos años, jóvenes oficiales de *marines* viajaban a Viet Nam del Sur desde Okinawa —sede de la Tercera División de Infantería de Marina—, por cortos periodos de «entrenamiento práctico sobre el terreno», junto al pequeño cuerpo de *marines* sudvietnamita. Sin embargo, entre los mandos de los *marines* había una creciente ansiedad por que el cuerpo participara en mayor escala y fuese «el primero en combatir», para ser fieles a la tradición de la institución. Esto ayudaría a justificar la existencia misma del cuerpo, que muchos *marines* creen que está en peligro constante de ser suprimido.

Además, el cuerpo había dedicado varios años al análisis y evaluación de las teorías de la contrainsurgencia, y ya en 1961 había desarrollado una perfecta hipótesis-demostración denominada *Operación Cormoran* para fines de adiestramiento y promoción internos, en la que los *marines* realizaban una operación anfibia a escala superlativa en la costa vietnamita y con la que ayudaban a resolver un hipotético problema de agresión e insurgencia. Como siempre, era importante para los planificadores y «doctrinarios» del cuerpo, proyectar una operación anfibia a la situación de Viet Nam y proveer una justificación para esta responsabilidad funcional de los especializados *marines*; por lo tanto, los planificadores de la Infantería de Marina buscaban una aceptable excusa para lanzar una fuerza de desembarco en las playas de Viet Nam, cuando hete aquí que el Vietcong atacó el campamento de los «Boinas Verdes» en Pleiku (febrero de 1965): el ataque fue estimado «agresión inaceptable» y el presidente fue instigado a despachar unidades norteamericanas de combate terrestre. Fuerzas de la Tercera División de *marines* en Okinawa estaban ya embarcadas y ansiosas por partir porque intentaban llegar a Viet Nam antes de que lo hicieran sus vecinos de guarnición en Okinawa, soldados de la 173.ª brigada aerotransportada del ejército (en verdad, la primera unidad de *marines* que arribó fue un batallón de cohetaría aerotransportado, destinado a proteger la base aérea de Danang). Con estas competencias iniciales, la rivalidad ejército-

marines en Viet Nam comenzó seriamente y no disminuyó sino cuando ambos estuvieron sobretenuados, excesivamente comprometidos en la lucha. Y agotados.

Durante años, hasta 1964, los jefes castrenses, entre los cuales figuraba este autor, juzgaron innecesario e imprudente que las fuerzas terrestres se vieran comprometidas en cualquier guerra en tierras del sudeste asiático. En 1964 se modificó la composición de la Junta de Jefes de Estado Mayor y poco meses después la administración Johnson se vio envuelta en lo que hoy es el pantano de Viet Nam. Se pensaba entonces que el esfuerzo bélico debía ser pequeño, «limitado». Pero a medida que se incrementaron el impulso y el compromiso, los jefes militares estructuraron la teoría de que éste no era un ejercicio de objetivos limitados, sino una guerra propiamente dicha, en defensa de Estados Unidos contra la «agresión comunista» y en cumplimiento de nuestros compromisos en la zona.

Los éxitos en los campos de batalla y las heroicidades de los estupendos combatientes norteamericanos se han agregado ahora a las tradiciones militares que ensalzan el servicio, el valor y el sacrificio, de modo que impugnar nuestra estrategia y táctica militares o los propósitos de los jefes castrenses aparece como algo antipatriótico. Sin embargo, los jefes militares han manejado realmente la guerra en Viet Nam, han estado en los detalles de su desarrollo y, en grado mayor que la mayoría de los dirigentes civiles, los planificadores bélicos estaban desde el comienzo listos para participar en la guerra y ejercitarse en su oficio. Ha sido lugar común culpar a la administración civil por el desarrollo y fracasos de la guerra, y no el dudar de los motivos de los militares. Pero algunos de los generales y almirantes no están de modo alguno exentos de responsabilidades por los errores de Viet Nam.

No pocas dificultades de la administración Johnson para ilustrar al pueblo sobre la guerra y la política en Viet Nam deben atribuirse parcialmente a los asesores militares. Por su propia naturaleza, la mayor parte de la actividad bélica está comprendida en varios grados de reserva y secreto, ya que los planes deben ocultarse al enemigo. El militar es adiestrado para ser misterioso, tortuoso, equívoco en sus planes y decisiones. Empero, no siempre aplica su reserva o secreto sólo a lo estrictamente militar. Cada uno de los cuerpos castrenses y todas las jefaturas de comando practican técnicas de control de la información y de autopropaganda en «interés de la defensa nacional»: se deja bien al cuerpo, se disimulan los errores, se da realce a una determinada figura castrense o se trata de ganar alguna partida en la permanente competencia intercuerpos. Estoy seguro que una investigación probaría que la falta de credulidad pública que soportó Johnson

234 se debe a que la confusión fue exprofeso creada por los intrigantes de los servicios militares, tanto en el país como en el exterior.

Nuestra cultura militarista surgió de las necesidades de la Segunda Guerra Mundial, se robusteció por la guerra de Corea y llegó a ser un aspecto habitual de la vida nacional durante las emergencias de la guerra fría y de las amenazas reales o imaginarias del bloque comunista.

Tanto la filosofía como las instituciones del militarismo crecieron en esos años debido al impulso de su propia dinámica, el vigor de su «ideología», su enorme magnitud y proyección y por la esmerada dedicación de los surgentes líderes militares hacia sus objetivos doctrinarios. El dinamismo del elenco de la defensa y su cultura se inspira y estimula además por prodigiosas cantidades de dinero, por las nuevas reacciones de la investigación de guerra y el desarrollo de nuevas armas, y por la actuación de las «fábricas de pensamiento» alimentadas por el Departamento de Defensa. Estas últimas son instituciones civiles de científicos, analistas y estrategos militantes jubilados, que extravagantemente financiados proporcionan nuevas filosofías militaristas al Departamento de Defensa, para ampliar los puntos de vista de los doctrinarios de los distintos cuerpos, para crear políticas frescas y nuevos requerimientos para fuerzas armadas siempre mayores y más costosas.

Casi como una religión, los argumentos básicos de anticomunismo, defensa nacional y patriotismo, proporcionan los fundamentos sobre los cuales el equipo de defensa puede construirse, crecer y justificar su gran costo. Más que muchos organismos burocráticos, el plantel de defensa dedica ahora muchos esfuerzos a autoperpetuarse, a justificar sus organismos, a predicar sus doctrinas, a automantenerse y autoadministrarse. Las operaciones militares son una extensión de los juegos teóricos bélicos y de operaciones de campo. La guerra justifica la existencia del plantel, proporciona experiencia al novato y constituye un desafío para el oficial superior. Las guerras y las situaciones de emergencias colocan a los militares y sus jefes en las primeras planas periodísticas y acuerdan *status* y prestigio a los profesionales; contribuyen a mantener tradiciones militares, fomentan heroísmos y generan una nueva cosecha de líderes castrenses que se convierten en rededicados discípulos del código de acción y servicio. Al ser individualizados como figuras públicas en un país que siempre está buscándose héroes populares, los líderes castrenses estuvieron siempre a cubierto de la críticas que, en cambio, se cebaron sobre los políticos. Los oficiales superiores son considerados «experto» y sus puntos de vista son generalmente aceptados por la prensa y el parlamento como si fuesen el mismo Evangelio. A su vez, el distinguido

jefe militar se siente obligado no sólo a perpetuar lealmente la doctrina revelada, sino a condescender a las estereotipadas imágenes castrenses, apareciendo como duro, agresivo y firme en su resistencia a la «agresión comunista» y en su apego a las soluciones militares para solucionar los problemas mundiales. Ubicadas detrás de estos jefes, alentándolos e influyéndolos, están las ricas y poderosas industrias de defensa. Por delante, adornada con sus gorras, charreteras y emblemas en sus solapas, está toda una nación de veteranos patrióticos, beligerantes, románticos y bien intencionados, que se subliman y emocionan con la última aventura castrense de su país. El militarismo en Estados Unidos está floreciendo plenamente y promete un futuro de vigorosa autofecundación, a menos que la peste de Viet Nam revele que es más una hierba venenosa que una gloriosa flor.

